

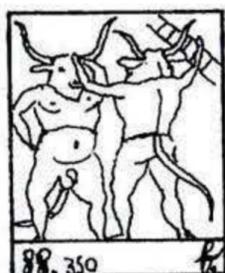
## XXVII Congreso mundial de libros para niños y jóvenes

*Palabras del vicepresidente de la República en la presentación del XXVII Congreso mundial de libros para niños y jóvenes.*

Es un honor para Colombia ser el país anfitrión de este Vigésimo Séptimo Congreso mundial de libros para niños y jóvenes.

Como representante del gobierno nacional debo comenzar por repetir una idea que para los colombianos tiene una expresión brutal: sabemos que las letras le pueden a las balas, y los libros a los fusiles.

No quisiera, sin embargo, tocar el terreno específico de los especialistas en políticas, estrategias, planes y técnicas para inocular a los niños con el virus maravilloso del amor a la lectura.



Ante ustedes me tomo la libertad de contar el origen y lo que encuentro en mi propia pasión por la lectura. Para mí, aprender el alfabeto fue como descubrir el mundo, como colocarme binóculos en los ojos para ver más allá de mi barrio.

Con las letras podía construir y desbaratar de nuevo ese mundo. La palabra "MESA", con esas patas en los extremos, la M y la A mayúsculas, podía sostenerse tan firmemente como la más fina de las mesas y poseía la cabriola adicional de esa E que es un entrepaño de la mesa y de esa S que la decora con gracia.

Debo agradecer de nuevo, e infinitamente, a mis padres que pusieron en

estas manos los primeros cuentos que yo descifré por mí mismo, y también, lo recuerdo muy bien, al profesor Cervantes —claro con ese apellido— por ponerme como tarea por allá en cuarto de bachillerato a comparar la *Ilíada* con *Cien años de soledad*. Casi todos podemos contar la misma historia de un santoral de nombres que pueblan los libros de la infancia y de la adolescencia: *Las mil y una noches*, el *Quijote*, *El Principito*, Anderssen, los hermanos Green, Rafael Pombo, Mark Twain, Salgari y Julio Verne. Nombre más, nombres menos que la memoria olvida pero que la emoción mantiene latentes aún sin sus nombres, a ellos agradezco los momentos más intensos de mi infancia y mi adolescencia.

Con ellos aprendí a volar y fueron ellos los que me dieron la pasión por la lectura.

Ellos me convirtieron en un hombre de libros y los libros me han dado lentes y perspectivas para tratar de entender el mundo, para conocerme a mí mismo y para gastar el tiempo en ellos sin que me importe el tiempo.

De todos estos aprendizajes tal vez es este último el que más estimo. Una película de cine dura 94 minutos, un programa de televisión transcurre en 26 ó 52 minutos.

En cambio, un libro dura en dos tiempos simultáneos: en el primero dura el tiempo que nos queramos demorar leyéndolo, poco o mucho, en todo caso el tiempo que uno desee; y los libros tienen también el tiempo segundo de durar eternamente, como objetos sagrados que guardamos y veneramos con devoción casi sensual.

Que, a veces, podemos recordarlos con la precisión de quien conoce exactamente en qué lugar de la frase voltea la página, y donde dejamos regadas como pistas de nuestro yo íntimo anotaciones y líneas subrayadas.

La cultura urbana, los sistemas de producción, las mismas crueldades de la interrelación personal han llevado nuestro mundo a ser dominado por la prisa que, por esencia, es la incompreensión del tiempo.

Por eso he dicho que el uso del tiempo en la lectura es mi mayor aprendizaje de esta pasión: porque el deleite de la lectura no se pone plazo, porque

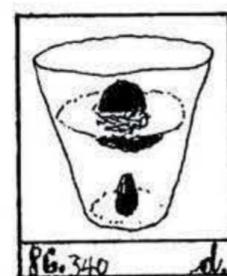
incrustarse en el tiempo de un libro es huir de las ataduras del apresuramiento, porque la forma como pasa el tiempo mientras leemos también nos da el tiempo para aprender a conocernos a nosotros mismos.

GUSTAVO BELL LEMUS  
Santafé de Bogotá, 26 de agosto de 1999

## Ortografía de la lengua española

*Discurso del vicepresidente de la República, Gustavo Bell Lemus, en el lanzamiento del libro de Ortografía de la Real Academia de la Lengua.*

Una visión de conjunto de los caminos que comunican y de los obstáculos que aíslan a la sociedad humana, da por resultado un movimiento de fuerzas opuestas que se realiza al mismo tiempo y que produce resultados, a lo mejor, contradictorios.



Por una parte, el avance de las comunicaciones ha hecho posible el contacto instantáneo con cualquier punto del globo. Hay un tiempo real, común a todos, en donde el mensaje se irriga como si brotara de cada punto. También las distancias físicas se reducen. Llegar de Barranquilla a Bogotá era hace un siglo una proeza que los supervivientes no olvidaban y hoy es cuestión de una hora.

Pero al mismo tiempo cada vez se enfatizan más los lazos del entorno inmediato. La familia, el vecino, el nativo de la misma región.